

No conocemos las famosas «Consideraciones sobre la violencia», de Sorrel. Nos proponemos leerlas en la traducción italiana, por llevar ésta una introducción de B. Croce, el robustísimo pensador universal. No conocemos directamente las doctrinas de Sorrel, pontífice intelectual del sindicalismo; pero conocemos bastante las de Carlos Marx, el grandísimo pedante del socialismo, que se motejaba a sí mismo en un tiempo de «científico». ¡Y que no hizo poco daño ese «cientificismo» pedantesco al progreso del ideal socialista! Menos en España acaso que en otras partes, merced a cierto robusto buen sentido de nuestras clases populares y al sano instinto, que le hacía corregir y temprar ese cientificismo con impulsos anarquistas. Nuestro pueblo comprendió y sintió muy pronto que esa supuesta ciencia no era más que una adormidera.

Todo aquello del materialismo histórico va derrumbándose. Hasta los pocos, los muy pocos que pasan hambre comprenden que hay algo más que el estómago para dirigir la Historia. De las huelgas que se han provocado en España son acaso más, dicho sea en honor de nuestro pueblo, las debidas a cuestiones de dignidad que no de bienestar o de mejora económica. Hasta hemos conocido nobilísimas huelgas antieconómicas. Y cabe afirmar que la clase materialista y materializada en España es la clase media, y tanto más materialista cuanto más se precia de católica ortodoxa.

Tenia el marxismo otro vicio de origen—del origen de las doctrinas de su autor, el dogmático hegeliano—, y era su determinismo y aun fatalismo. Marx enseñaba que las revoluciones las hacen las cosas y no los hombres, y que la revolución económica vendría por sí sola en virtud de la concentración de la propiedad y del maquinismo, hicieran lo que hicieran los hombres, juguetes del inflexible destino económico. Pero del seno mismo del socialismo surgieron voces de hombres clarividentes denunciando la falacia y, a la vez, el peligro de tal doctrina.

El peligro, sí, porque la Historia la hace el hombre, es creación—asi, como suena, creación—del hombre; la historia es la realización de la Humanidad. Y el hombre es libre cuando cree serlo. O mejor, la libertad consiste en la creencia en la libertad misma, en la fe en ella. La fe en la libertad crea la libertad misma, porque la libertad es creación. Y no es otra cosa. Y aquel determinismo de Marx sería útil para formar vastas agrupaciones bien organizadas y disciplinadas; pero no para formar individuos creadores y libertadores. Y ya se ha

visto el resultado, y es que esas vastas agrupaciones rebañegas han servido de instrumento docilísimo al imperialismo militarista, enemigo de la libertad y del pueblo.

En España, gracias a Dios, ha sido de otro modo. El horrible cientificismo de pueblos atascados de catedraticina—este terrible morbo—no ha podido hacer estragos en nuestro espíritu, algo primitivo y bravío. El pelo de la dehesa nos ha traído otros males; pero, por lo menos, ha servido para librarnos de ese. Cierto es que alguna vez topaba uno con algún honrado menestral que, sin saber jota de los primeros elementos de la ciencia—de Matemáticas, Geometría, Física, Química, Biología, etc.—, y menos aún de Economía política, hablaba muy serio del socialismo «científico» y con petulante suficiencia contra los llamados utopistas y socialistas románticos. Pero esto era raro. Y cuando ese honrado menestral subía alguna vez a la tribuna expresábase, gracias a Dios, ¡como un utopista y como un romántico!

Parece que el proletariado español se va curando de aquel leve sarpullido de cientificismo de adormidera, de aquella pseudociencia de abrevaderos de marxismo en extracto. Con lo cual el verdadero sano socialismo, el eficaz y el que pone sobre todo, sobre el bienestar inclusive, la dignidad y la libertad del pueblo, sale ganando. Y llegará día en que no se pueda decir, como alguna vez se dijo no sin alguna sombra de razón, que aquel socialismo, ortodoxo o científicista, era aliado del reaccionarismo, al que creía combatir. Y es que todas las ortodoxias se apoyan mutuamente. Apóyanse, y ahora se ha visto ello bien claro, la ortodoxia católica y la luterana, la ortodoxia imperialista y la socialista. El teísmo ortodoxo y el ateísmo ortodoxo se apoyan también mu-



Comentarios.



tuamente. Y es que todos los dogmas, en cuanto dogmas, son solidarios. Y frente a ellos queda la crítica. Y la crítica es lo que destruye y la crítica es lo que crea.

Y la crítica, por serena y apacible que se nos presente, es siempre violenta; esto es, revolucionaria. Y es, por lo tanto, creadora. Sobre todo, valores espirituales.

¿Que es dolorosa la necesidad de la violencia? Sin duda alguna; pero todo lo creador es doloroso. Sin dolor no se crea nada valadero y duradero. Es doloroso tener que luchar contra todo dogma, sobre todo contra el dogma del dejar pasar y de la rutina.

Y el régimen de hacer que se hace no haciendo cosa hacedera tiene un apoyo, y es la mentira. Y el Estado tiene entre nosotros organizada la mentira oficial. Se le llama «estadística». Porque la estadística no es aquí más que la organización de la mentira. El dato oficial suele ser, no ya equivocado, sino mentiroso, embustero. El principal resorte de gobierno en España desde hace muchos años es la mentira. Nada más típico que el dicho aquel de que miente más que la «Gaceta».

Se miente dando noticias y datos falsos, se miente falsificando lo que pasó, se miente prometiendo cosas que se sabe que no se han de cumplir o que no se quiere cumplir. Y todo para ganar tiempo, que es perderlo.

Hemos oído hablar un día y otro en este centro de región triguera de eso de la tasa del trigo sin la incautación de él y de la falacia de las estadísticas oficiales. Y nos hemos convencido de que nuestros Gobiernos no quieren saber la verdad. Porque el no saberla da más libertad para fingirla. Los más sutiles embusteros suelen ne-

garse a enterarse de la verdad, porque de este modo descargan su conciencia.

[The rest of the page is heavily obscured by a dense, dark, textured pattern, likely a scanning artifact or a very dark ink bleed-through.]

Miguel de Unamuno.

